

añade, en brusca transición!—¿V. ha visto «Las de Méndez»? ¿Qué le parece a V. esa película? ¡Dejemos, claro, aparte mi actuación...!

—En efecto, señor Rivera, a V. hay que dejarle aparte: primero porque su papel es muy corto, después porque, como siempre, está V. muy bien...

—Gracias; pero no digo eso. Decía yo que...

—A mí, «Las de Méndez», sinceramente, me parece que se ha salvado del naufragio por la actuación magnífica, insuperable de la guapísima Carmen Viance. Claro que los demás defienden admirablemente su papel: Isabelita Alemany, sobre todo, y el protagonista que no recuerdo como se llama.

¡Ahí es donde yo iba a parar, señor! Esa obra se ha salvado por la labor de los actores. Exclusivamente, de los actores. El argumento está bastante bien; la dirección y la fotografía lo mismo; pero si no llega a ser por los artistas, a pesar de eso, la obra fracasa.

—A mí—decimos nosotros—no se me olvidará en la vida la escena de la comida: cuando llora la Viance tan magistralmente.

—Y tan naturalmente—abunda Rivera.—Esto es lo que yo quería decir. Carmita lloró ahí porque sí, porque *sintió*, porque se identificó en absoluto con el personaje que encarnaba. Y lloró con emoción, con ganas, con pena.. Pero, ¡agárrese V! Lloró delante de todos los actores, de todo el que quiso verla. Y eso tiene un valor inmenso. Yo—continúa con pasión, animado por sus propias palabras—he visto rodar una escena parecida en cierto estudio de Alemania. Pues bien: los electricistas arreglaron el interior: los arcos, los reflectores .., y cuando concluyeron entraron el operador, la actriz y el director. Este, leyó muy despacio, muy declamatorio, la escena; hablaba aquel hombre al corazón de la artista, *poniéndola en situación*. Luego, una orquesta colocada tras el decorado comenzó a interpretar música sentimental.. Así, teniendo delante sólo los elementos precisos y oyendo la ejecución aquella no llora el que no tiene alma. Aquí, en España no hay música ni garambas. Y se llora, ¡ya lo creo que se llora...!

Hacemos un alto en la charla. Caminamos muy despacio, pensativos, Rivera, considerando, tal vez, lo dificultoso de la labor de un artista cinematográfico en España. Yo en la coincidencia de todos mis entrevistados al juzgar nuestra producción nacional. La arena de los paseos, cruje bajo nuestros piés, levemente. Instintivamente, nos hemos parado sobre un puente rústico tendido sobre las mansas aguas de un lago pequeñín en cuya superficie, entre las verdes hojas flotantes, refléjanse con todo detalle nuestras figuras, apoyadas en el barandal de madera. Allí, mientras encendemos un pitillo, reanudamos la conversación:

—¿Lleva V. hechas muchas películas?

—Sí, señor: muchas. ¡Veinticinco!

—¿Veinticinco?—preguntamos asombrados.